



DEPENDENCIA

“Hace tiempo que tenía pendiente unas líneas con las trabajadoras del Servicio de Ayuda a Domicilio...”

Mi madre nunca entendió aquella carta de la Delegación Provincial de Bienestar Social de Castilla La Mancha reconociendo su situación de dependencia. Ella nunca quiso entender aquello de ser dependiente. *-Ramón cuando vengas de Sevilla me lees la carta, que yo no la entiendo,* decía por teléfono. Los únicos dependientes que conoció mi madre fue cuando, junto a mi padre, viajaba a Albacete de médicos, y tras el mostrador de la farmacia o de la tienda almacén de Legorburo aparecían aquellos mozalbetes espigados, repeinados de brillantina, bata azul petróleo y lápiz tras la oreja, preguntando con exquisita dicción, *-¿Cómo desea la “amasaera”?* *-Que sea fuerte,* contestaba mi padre, lo único importante era que fuera fuerte. Lo más parecido a aquellos dependientes remilgados que había en el pueblo era en la tienda de tejidos de casa de Josico, que gastaba bata, o de David, tío de Juanito el de la tienda, que también la usaba, por ello mi madre no entendía que a sus ochenta y pico años la Delegación de Bienestar Social la hiciera dependiente, *-A mis años,* decía, *pues ya no tengo edad ni fuerzas para atender a nadie tras el mostrador de una tienda,* aunque presumía de haber despachado, de chica, cuartillos de vino y libras de azúcar en un pequeño comercio de ultramarinos que montó su hermano Ramón, antes de la guerra, en un cuarto de la casa. Me costó mucho explicarle que el tiempo no pasa en balde. Madre te cuesta abrir la puerta del corral, mover el cubo al grifo, regar las macetas o arrimar leña a la lumbre cuando al caer la tarde mortecinas ascuas anuncian el ocaso de la vida. Enhebrar una aguja o “arvanzar” un tazón de la alacena ya no es como antes. Migar el pan en leche, abrir la navaja, partir un pero en tu alda es algo impensable. Las manos te hormiguean, botones que se escurren en bata al abrocharte, temblonas se estremecen cual agua que golpea en caño de Pinilla tus años y destrezas... y todo al suelo cae. Desde la operación de cadera no sales a la calle, el portal un trecho, el escalón insalvable, el remo se te duerme, tempano de hielo que apenas se deshace. Los brazos apenas doblas, mártires del tiempo, te cuesta hasta peinarte, no mesas los cabellos, ni nudo en el pañuelo de tintes de zumaque. Artrosis en tus dedos, cadena de lamentos, solsticios y equinoccios pegadas estaciones en hojas de almanaque. Los ojos se resecan, tu vista ya cansada las letras emborronan, crepúsculo del día, dolencias y pesares, en un tiempo que escapa entre ayes y entre achaques.

¡Claro que eras dependiente madre! Por ello todas las mañanas, cada vez que iban a casa las trabajadoras del Servicio de Ayuda a Domicilio, como Lázaro imperativo, lo primero que decías era, *-¡Levántame ya, que no puedo estar más en la cama!,* porque tú no podías levantarte sola y tus huesos, mártires-reliquia en dolencia continuada, andaban impetuosos por abandonar el lecho. Te ayudaban a vestirme porque nos podías vestirme

sola. Te ponían la leche porque la alacena era difícil de “*arvanzar*” y los tazones la más alta parva que en agosto de siega pudiste ver. Te migaban el pan, dedos torpes que tanta rosa mondaron y ahora incapaces de contar las escasas horas que faltan para que el día acabe. Te ponían aquel menú de pastillas, refajo de colores, imposibles de sacar de un complicado embalaje, que ordeñado día a día como ubre de brick amainaba dolencias; diazepam que acercaban el cielo en sueños (por prescripción facultativa), recuerdos pasados que volvían en medias pastillas, incluso pegadas en la lana de la manga de la rebeca. Y te ayudaban a asearte porque tus flemáticas manos no llegaban más allá de la mejilla, manos que acarrearón mieses en julios interminables y lavaron cargas de ropa en regueros cristalinos: Curaeras, la Pacheca, Camino Blanco; curtidas de escarcha y tierra, solano y ábrego, también caricias, olor a sosa de jabón, y abrazos que nunca dimos.

-¿*Hay mucho jueves?* Preguntabas a Gertrudis, Encarnita, Milagros Sierra, María Dolores, Ana, Marta, Milagros, Pili Mora..., y tantas otras mujeres del Servicio de Ayuda a Domicilio que pasaron por casa, cuales ángeles custodios, para que tu dependencia fuera más amable, para que los días se juntasen con las noches como el cerner de un Cristo en procesión, como la blandura de la nieve fundida en agua que riega campos tras gélidas heladas, como el perillo que espera al amo en saltos impacientes de alegría cuando a la aurora lo ve llegar; por ello preguntabas -¿*Hay mucho jueves?* porque ellas, con su respuesta, te trasladaban a esa calle que no podías pisar. Desde hace años ir al mercado, barrer la puerta, dar un pésame, hacer una visita, era algo impensable, cautiva del tiempo que hace mella y no pasa en vano. -¿*Llovió mucho anoche?* ¡*Vaya truenos!*, exclamabas, porque oíste la tormenta, pero no pudiste ver caer la lluvia, cerrar las ventanas, abrir la puerta al gato o guarnecer las plantas del corral. Fueron ellas madre, ellas, almas de querube, las que en tus últimos años te trasladaban a la vida, a esos retazos de vida que la dependencia, ufana carcelera del presente y de lo venidero, no te dejaba “*arvanzar*”.

Y dependiente eras madre, aunque a diario lo negaras en tu eterno rosario de única prez -*No necesito a nadie*; porque hasta para el último viaje, en el arrullo de la cama, empequeñecida con el indeseable pañal que a grandes hace chicos y a chicos hace grandes, cuando sonaba el pestillo de la puerta tras marchar la mujer que ayudaba a acostarte, en la soledad de la noche, mientras te persignabas y pedías a Dios, seguías siendo dependiente, -*Si me llega esta noche, dame una hora corta*. Y te hizo caso. Te fuiste un 18 de diciembre, el día de la Esperanza.

Hace tiempo que tenía pendiente unas líneas con las trabajadoras del Servicio de Ayuda a Domicilio...

(A Gertrudis, Encarnita, Milagros, María Dolores, Ana, Marta, Pili Mora..., y tantas otras mujeres del Servicio de Ayuda a Domicilio, que tutelan y guardan a los más mayores cuales ángeles custodios).



-VIRGEN DE LA ESPERANZA S. XV-